

El cine de Carla Simón, un ejercicio de memoria y reconciliación

Filmografía. La trilogía de la directora barcelonesa, compuesta por 'Verano 1993', 'Alcarràs' y 'Romería', se sostiene en una profunda convicción: la memoria personal es un territorio que merece ser filmado

MARÍA HERRERA GIMÉNEZ

Doctora en Psiquiatría y divulgadora de la salud mental a través de las artes



En apenas una década Carla Simón (Barcelona, 1986) ha pasado de ser una joven cineasta emergente a convertirse en una de las voces más decisivas del nuevo cine europeo. Su obra, intimista sin llegar a ser confesional, articula una poética de la memoria donde lo perdido, el linaje y la identidad se convierten en material cinematográfico.

Desde 'Verano 1993' (2017), pasando por 'Alcarràs' (2022) y culminando con 'Romería' (2025) ha desarrollado una obra cuya delicadeza convive con una hondura emocional rara vez alcanzada en el cine contemporáneo. La trilogía se sostiene sobre una profunda convicción: la memoria personal es un territorio que merece ser filmado.

Frente a un panorama audiovisual dominado por sagas industriales y fórmulas previsibles, Carla Simón elige la opción de la intimidad como épica, lo cotidiano como arquitectura dramática con-

virtiendo los interrogantes familiares en motor creativo de su cine.

El rasgo fundamental que define su cine es que es profundamente autobiográfico. Sus experiencias íntimas están atravesadas por la discontinuidad, la ausencia temprana y la reconstrucción afectiva, trazando el mapa que articula y sostiene su obra.

Nace en Barcelona en 1986, hija de padre vigués fallecido

cuando ella tenía 3 años; apenas tres años después perdió también a su madre. Ambos pertenecían a una generación marcada por una experiencia histórica hoy casi silenciada: la epidemia de heroína y sida de finales de los 80.

Tras esa doble pérdida fue acogida por sus tíos maternos en un entorno rural de la comarca de La Garrotxa (Girona). Se licenció en Comunicación Audiovisual en

Barcelona y tras obtener una beca de La Caixa amplió su formación en la London Film School.

En su trilogía explora el hogar, la familia, el sentimiento de pérdida y la herencia. Se pregunta e intenta buscar respuesta a lo que significa realmente pertenecer a un lugar, ser parte de un linaje, mantener un vínculo afectivo con un entorno, crecer dentro de la ausencia. Su orfandad temprana

deja la necesidad de reorganizar el yo alrededor de un vacío, con un sistema de apegos reorganizados y la necesidad de elaborar una narrativa interna que permita dotar de sentido a lo ocurrido. Así convierte su autobiografía, sus fracturas y silencios en un proyecto estético, depurado e íntimo.

Esta poética autobiográfica, íntima y frágil, pero de una lucidez luminosa, estructura sus tres

largometrajes, pues es en este territorio que une la herida personal con la creación filmica donde la obra de Carla Simón se convierte en algo más que cine, en un gesto de supervivencia, como llega a afirmar: «filmar para recuperar pero también para reconciliar».

Ha contado en numerosas ocasiones que la muerte de sus padres siempre estuvo envuelta en silencios. Sabía, sin saber, que había algo que no podía pronunciarse. Ese hueco, ese espacio donde lo no dicho marcaría su sensibilidad cinematográfica

